

Javier Puerto Sarmiento
Juan Esteva de Sagrera
María Esther Alegre Pérez

PRODIGIOS Y NAUFRAGIOS

Estudios sobre
terapéutica farmacológica, en España y América,
durante el Siglo de Oro

DOCE  CALLES

© Del texto: Javier Puerto
Juan Esteva de Sagrera
María Esther Alegre Pérez

© De la presente edición: Ediciones Doce Calles, S.L.
Apdo. de Correos 270
28300 Aranjuez (Madrid)
Tlf.: 902 197 501
Correo electrónico: docecalles@docecalles.com

ISBN: 84-9744-054-4

Composición y maquetación : Servicios Integrales de Edición Távara, S.L.

Impresión: Closas Orcoyen, S.L.

Encuadernación: Taograf, S.L.

De la isla de Maluco, nos cuentan los que de allá vienen que se crían por los campos ciertos árboles de membrillos, cuya fruta (toda la que en un mismo árbol nace hacia la parte de Oriente), es de muy buen mantenimiento, y al contrario toda la que nace a la banda de Poniente, es veneno y comida pestilencial.

Juan DE CÁRDENAS, *Problemas y secretos maravillosos de las Indias*
(México, Pedro Ocharte, 1591)

Alacrán

Poner sobre la picadura cuan cerca pudiere una brasa de lumbre, y tenerla un rato: o beber estiércol de hombre, deshecho en agua: o poner encima un pedazo de rábano mojado, y beber agua, o matar el alacrán, y ponerlo encima: o tomar un cigarro: o poner encima de la picadura un ratón abierto: o beber la contrahierba con agua: o aceitunillas de laurel, que llaman bayas, majadas, y aplicadas a la picadura, es cosa extrema.

Gregorio LÓPEZ, *Tesoro de las Medicinas*
(Madrid, Juan de Ariztia, 1727)

ÍNDICE

LA VIDA PRODIGIOSA DE GREGORIO LÓPEZ	21
Un madrileño de incierto linaje.....	21
El niño abandonado.....	23
La Corte.....	23
El exilio en la Nueva España	24
El viaje de Zacatecas.....	25
Los primeros años de vida en soledad.....	26
A la huida del escándalo	28
De regreso a la soledad.....	29
De vuelta al camino.....	31
El hospital de Oaxtepec.....	33
México otra vez.....	35
El aspecto corporal.....	38
La muerte.....	39
Comienza la leyenda.....	40
Un místico curador.....	42
Las fábulas sobre Gregorio López.....	44
El intento de beatificación.....	46
Una obra sin prodigios.....	47
La materia médica o De la virtud de las yerbas	49
Las partes del manuscrito de la Biblioteca Nacional de España	52
La publicación del libro de Gregorio López.....	71
Las claves de un naufragio.....	74
Análisis del Manuscrito 3128 de la Biblioteca Nacional de Madrid.....	75
PRODIGIOS Y NAUFRAGIOS DE LA MATERIA MÉDICA AMERICANA DURANTE EL RENACIMIENTO	137
Europa «descubre» América.....	138
El «descubrimiento» difundió las enfermedades	140
La revolución vegetal del Renacimiento	142
Las drogas americanas: mucho ruido y pocas nueces	144

La triaca, un negocio ajeno al «descubrimiento» de América	145
Dos buenos negocios «americanos»: el guayaco y el bálsamo	150
Nicolás Monardes, buen médico y mejor traficante.....	153
Francisco Hernandez, el naufragio de un científico en un mundo de comerciantes	157
Conclusión	164
EL BÁLSAMO DESCUBIERTO POR ANTONIO VILLASANTE (s. XVI)	167
Introducción.....	167
Breves notas sobre la explotación comercial de los territorios coloniales	170
El poder de los banqueros	174
Carlos V, Felipe II, y los banqueros	175
Final del monopolio imperial de las drogas.....	179
El bálsamo	181
Pinceladas a las noticias del Bálsamo de Villasante en algunos textos del siglo XVI.....	199
Breves consideraciones sobre el bálsamo	206
SIMÓN TOVAR (1528-1596), EL OSCURO MERCADER DE PRODIGIOS ...	209
Aspectos biográficos.....	209
El mercader	212
El farmacólogo.....	219
El arte de navegar.....	230
La formación científica de Tovar	233
El huerto de las maravillas.....	239

*Dedicamos el libro a las instituciones y personas
que han hecho posible su publicación:
la Facultad de Farmacia de la Universidad
Complutense y su Decano, Benito del Castillo;
la Editorial Doce Calles
y su Director, Pedro M. Sánchez,
y la Fundación Carolina.*

PRESENTACIÓN

En la conquista, el encuentro o la colonización de América –como prefieran denominarlo– existe una abundante proporción de prodigios y naufragios.

La misma empresa, iniciada por Colón, es un extraordinario prodigio, en donde se encontró lo que jamás fue buscado, y lo deseado se perdió para siempre, pese a lo cual, de manera absolutamente prodigiosa, se cumplieron los objetivos planteados al inicio de la misma.

Colón quería descubrir una vía, más corta que la tradicional, hacia las especias orientales. No lo hizo. Se quedó a medio camino, aunque nunca llegó a saberse descubridor de un nuevo continente. Pese a ello, proporcionó a la Corona de Castilla, cantidades ingentes de oro y plata, alimentos absolutamente nuevos, terrenos en donde cultivar productos alimenticios de procedencia europea, africana y oriental, con extraordinario provecho, y algunos medicamentos. Como veremos en este libro, muy pocos verdaderamente útiles, aunque no muchos más lo eran los de la antigua farmacopea europea.

Una vez producido el descubrimiento, el encuentro o la colonización, quedaba la tarea de convencer a los mercados europeos de la bondad de los remedios americanos. Frente al gusto occidental por el Oriente, debía imponerse la expectativa hacia el Nuevo Mundo. Nos aguardaba una guerra de prodigios. Si prodigiosos eran los remedios orientales, no menos lo serían los americanos.

Juan de Cárdenas, en sus *Problemas y secretos maravillosos de las Indias*, editado en México, en 1591, cuando Portugal formaba parte de la corona de Felipe II, empieza el libro dando cuenta de algunos efectos maravillosos, admitidos en los textos antiguos, de la aguja de marear, la hiena, las rémoras, el unicornio o la celidonia; se extraña de que si se cree eso, no se dé crédito a lo mantenido por el protomédico de Goa, señor Solís, quien sostiene que allí se cría un palo que,

si se raspa con un cuchillo hacia delante, las raspaduras son contra-veneno. Si se hace hacia atrás, resultan mortales; o que, en la ciudad de Goa, se desarrolla un árbol maravilloso. Si sus hojas caen al río, se convierten en peces. Si a la tierra, en pájaros con forma de mariposa. Así sigue ocupándose, con aparente buen sentido, de cuestiones portentosas o menos, todas relacionadas con la nueva farmacología, desde el azogue, al cacao, el tabaco o las piedras bezoares. Pero no es sólo Cárdenas quien se ocupa de prodigios. De una u otra manera, todos los cronistas, cuando hacen referencias a la Historia Natural, se introducen por el mismo camino. Desde González de Oviedo hasta Monardes. En el caso del médico sevillano el aspecto mágico se hace muy evidente cuando habla del efecto de las piedras, la de sangre y la de ijada, cuyo uso consistía en sumergirlas en agua fría y asirlas fuertemente. Así se evitaba la hemorragia o el dolor de riñones. También al mencionar la sangre de dragón, que ya no achaca al mítico animal, pero describe unas semillas en donde se observa al monstruo en toda su plenitud simbólica. Algo menos cuando menciona el bálsamo, del que de manera tan decisiva se ocupa María Esther Alegre en este libro.

El Reino de España deseaba presentar batalla económica a los venecianos. La república italiana, desde la Edad Media, monopolizaba el comercio de los condimentos orientales. Llegaban hasta Alejandría desde el extremo y el cercano Oriente, a través de las rutas de la seda y las especias; a partir de esa ciudad, los marinos venecianos las llevaban a su República y las distribuían por toda Europa. Para su comercio precisaban dos cosas: las especias de uso alimenticio habían de ser delicadas y fragantes, además de activas en la conservación de los alimentos o en la disminución de los olores y sabores inherentes a un mantenimiento defectuoso. Junto a ellas, a los medicamentos de les exigía una gran reputación de eficacia. No se daban las condiciones científicas imprescindibles para garantizar, como hoy en día, seguridad y eficacia; a cambio de ello, la mayoría llegaban envueltos en un halo mágico inmemorial.

En las historias de la medicina y de la farmacia se suele sostener la existencia de varias etapas en el desarrollo de las disciplinas; la

empírica, la mágica, la mágico-religiosa y la racional; suele decirse, también, que la aparición de una etapa más avanzada no impide su coexistencia con otras. Pues bien, todos aceptamos a Galeno como el creador de la terapéutica racional y científica. Mediante su teoría de los contrarios dio la posibilidad de explicaciones racionales a las enfermedades y a la preparación de fármacos. Pese a ello no acabó, ni mucho menos, con la terapéutica mágica. En todo caso, algunas de sus aplicaciones intentaron racionalizarse. Es más, siguió utilizando el aforismo proto homeopático de la semejanza, uno de los principios claves del pensamiento mágico. Buena parte de la tradición mágica de los medicamentos se recogió por Plinio en la *Historia Natural*. Toda ella se utilizó por los mercaderes venecianos para apreciar su mercadería farmacológica. Cientos de medicamentos no tuvieron otro sustento a su empleo que la autoridad mágica, atribuida durante siglos, y muy lentamente desgastada. Piénsese en la tierra sellada, la sangre de dragón, la carne de momia, el unicornio y, sobre todos, la Triaca o el Mitridato, que arrastraban en su composición cientos de simples medicinales, complicados de obtener, sin otra acción contra los venenos que su mal olor, mediante el cual se consideraban ahuyentadores de las serpientes. No es ahora el momento de explicar, en profundidad, cómo buena parte de la terapéutica empleada en la Europa Occidental fundamenta su prestigio en el prodigio y en la curiosidad de los europeos ante el Oriente. A falta de medicamentos eficaces, en ausencia de conocimiento racional sobre la enfermedad, la esperanza mágica se alimenta mejor del exotismo, más difícil de verificar, que en el caso de los medicamentos autóctonos, cuya falacia es más sencillo advertir y poner en evidencia. Si falla lo exótico, siempre cabe el recurso a atribuir el fracaso a algún error en los rituales de recolección a alguna adulteración del producto, a algo ajeno al medicamentos en sí. La observación y la experiencia son mucho más sencillas con lo cercano.

Los españoles debían de oponer el exotismo terapéutico del Nuevo Mundo, al más conocido de la tradición oriental. En cierta manera resultaba una confrontación, que más tarde se vería no era

del todo vana, por la importancia práctica y teórica de la quina, entre lo moderno, representado por lo americano, frente a lo tradicional, importado del Oriente. Habían de hacerlo, respetando la práctica secretista impuesta por las autoridades imperiales, desde casi el primer momento de la conquista; la corona española dispensaría, con cuentagotas, las noticias. Los enemigos del imperio no debían conocer la situación de las minas, de las guarniciones, de las principales ciudades, de los grandes proyectos de ingeniería hidráulica, de las comunicaciones...y, menos aún, la cartografía de las costas, ni las principales fuentes de riqueza. La oscuridad extendida sobre el mundo nuevo, provocaba una mayor ansiedad entre el resto de los europeos. Ese deseo de conocimiento, sabiamente mezclado con noticias suficientemente prodigiosas, podía convertir el nuevo continente en un auténtico El Dorado, no sólo respecto a los metales preciosos, también en lo relativo a la flora y la fauna.

Entre tanto prodigio, los propios españoles llegan a verse enmarñados en sus redes. La leyenda de El Dorado sitúa la fabulosa región, ora en un lugar, ora en otro. Lope de Aguirre, el vascongado alucinado y traidor, emprende la búsqueda de la tierra del oro y las esmeraldas en la Amazonía; fallece en el intento, después de un viaje desesperado hacia la locura, con un previsible naufragio en la misma muerte. Naufragio no menor, aunque menos trágico, el que nos relata Alvar Núñez Cabeza de Vaca en sus *Naufragios y Comentarios*. Monardes, nos proporciona noticias de la Tierra de la Canela en una provincia, llamada Çumaça por los indígenas, situada delante de Quito. Lo malo es que como El Dorado, como el emplazamiento primitivo del paraíso, no existía. Dombey, en el siglo XVIII, determinó la ausencia de canela en América. La flor de la canela americana es de un árbol del género de los laureles, no del Cinamomun, de cuya corteza se obtiene la auténtica canela.

De acuerdo con las ideas brevemente expuestas, en este libro nos ocupamos de diversos prodigios y algún naufragio, relacionado con la terapéutica americana.

Prodigiosa es la vida del madrileño Gregorio López, el primer eremita mexicano. Prodigiosa su aventura interior, su supervivencia y la incompreensión de la mayoría, transmutada en admiración fervor a

partir de su fallecimiento, mejor diríamos en olor que en loor de santidad. Curiosos su naufragio como erudito y científico, pese a su fama de tener ciencia infusa que, tal vez, le costó la santidad de facto. Sus ideas sobre el mundo son anticuadas y acerca de la terapéutica, aparte de la dificultad de deslindar las propias de las de sus comentaristas, curiosas. Por una parte se observa la necesidad de importar a las colonias la terapéutica europea, representada en lo más tradicional de la *Materia Medicinal* de Dioscórides, en la traducción de Andrés Laguna y, por otra, el interés español y europeo por conocer el arsenal terapéutico indígena, pese a que su nomenclatura, en la lengua autóctona, y la falta de descripciones adecuadas, lo convertía en un jeroglífico incomprensible. El prodigio de una vida de fe, renuncia, con sus gotitas de excentricidad y de sufrimiento mental, con su leyenda de bastaría regia de por medio, naufragando en su propia fábula y en la evidente condición de plagario, acaso sin él mismo saberlo.

Los prodigios de la terapéutica americana ponderados, a la baja, por Juan Esteva de Sagra e introducidos en un más justo marco del comercio, antes que de la investigación científica.

En España, todavía, se ve muy mal el comercio, como antes se observó con auténtica saña el trabajo. Los aristócratas, de la sangre o del intelecto, ni trabajan, ni comercian, aunque sobre esa segunda actividad existía tolerancia, y más aún en la Sevilla del Siglo de Oro.

Se ve aquí a los médicos farmacólogos Nicolás Monardes y Simón Tovar, antes como curiosos y comerciantes, que científicos. Sus libros, en ocasiones, parecen más los expositores de drogas exóticas, dedicados a excitar el comercio, que auténticos textos de investigación farmacológica, desde luego imposibles de comparar con la *Historie de Drogues*, una monumental obra dedicada a explicar la suertes de los simples medicinales, y escrita, en el siglo XVIII, por Pierre Pomet, un especiero y traficante de drogas medicinales.

Muchos siguen con el deseo de contemplar a los dos farmacólogos como esencialmente científicos, pese a sus evidentes contactos con los Fúcar o Fugger y a su implicación en el comercio de Indias, no sólo en lo referente a los productos naturales, también y de manera muy destacada, al comercio de esclavos negros.

Ésta es una cuestión en la que no se desea entrar. Se pasa por ella como de puntillas. Sin embargo, estos dos científicos, con formación médica, con diferente fortuna, traficaron con seres humanos, de la misma manera que el Divino Valles, el protomédico favorito de Felipe II, recibió dos esclavos negros y una cadena de oro como premio, a raíz de la curación del catarro que sufrió don Felipe camino de Portugal, a consecuencia del cual falleció su cuarta mujer. Lo de los esclavos, como tantas cosas, suele introducirse en el inventario común de las costumbres del momento: es lógico y correcto. El problema es que estos hombres no eran unos rudos marinos, unos avariciosos y torpes comerciantes, unos aventureros, sino personas con la mejor formación de su época, relacionados con algunos de los más relevantes personajes de la corte y de Europa, con algunos libros publicados con extraordinario éxito y tremenda repercusión en todo el mundo occidental; personas dedicadas a la observación de sucesos científicos novedosos sin necesidad, para ellos, de moverse de Sevilla y, pese a su perspicacia, no encontramos ni una sola palabra sobre el fenómeno de la esclavitud; ni una sola mención a la condición humana de los esclavos, cuyo comercio no les causa desvelo alguno. Hubo de ser un clérigo, Fray Bernardo de las Casas, quien diera la voz de alarma, él, precisamente, que tantos artificios morales y teológicos podría haber encontrado para fortalecer la situación. ¿Dónde está el espíritu científico de los farmacólogos? ¿Por qué sacarlos del ámbito del comercio e introducirlos en el aparentemente más elevado de la especulación científica o de la atención sanitaria? ¿Por qué, desde otro punto de vista, esa satanización del comercio? ¿No hubiera sido otra la historia de la ciencia española y la de España si estos iniciales intentos de hacer rentables los conocimientos científicos hubiesen cuajado y proseguido? Las revoluciones científicas, en los diversos países europeos, supusieron siempre una alianza entre financieros, tecnólogos y científicos, para conseguir algunos productos de consumo. El esbozo más evidente de algo parecido, en nuestra Historia, se produce durante el Siglo de Oro, en torno a las drogas, con la actividad de personajes como Monardes, Tovar, González de Oviedo y con remedios americanos de tipo del bálsamo.

Para naufragios, desde luego, el del gran Francisco Hernández, el Plinio mexicano, cuya obra acabó fragmentada, dispersa y, en parte, fortuitamente quemada, y su figura y su gesta olvidada, excepto por los pocos que conocemos su actividad y reverenciamos su memoria.

Este libro se concibió para exponer algunos prodigios y no pocos naufragios relacionados con la terapéutica, la historia de la ciencia y la común historia de España y América durante el Siglo de Oro. No es el producto final de nuestra investigación, sino una etapa intermedia, que se completará con textos posteriores. En él faltan elementos. Se pensó desde un grupo de investigación muy activo y promotor. Las dificultades personales, y sobre todo institucionales, provocaron su naufragio. Estos, pues, son también los restos de un naufragio.

Las investigaciones no hubieran podido efectuarse sin la ayuda de la Fundación Carolina, proyecto CEH12/02.

A la Fundación Carolina, y a sus responsables, mi más sincero agradecimiento.

Javier Puerto

La vida prodigiosa de Gregorio López

Javier Puerto¹

Catedrático de Historia de la Farmacia
Universidad Complutense de Madrid

UN MADRILEÑO DE INCIERTO LINAJE

Nacido en Madrid el 4 de julio de 1542, festividad de San Gregorio Taumaturgo, fue bautizado en la parroquia real de San Gil de la Sagra y de San Gil Abad, que lo era del Alcázar Real, convertida luego en el convento de los Franciscanos Descalzos².

Según su biógrafo, el Padre Losa³, no se apellidaba López. Se trataría de un sobrenombre para disimular su linaje. Le contradice

¹ Investigación financiada por la Fundación Carolina, proyecto CEHI2/02.

² Biblioteca Nacional de Madrid (BNM) Mss. 7819, «*Información sumaria que se hizo en México de las virtudes y milagros de Gregorio López*»; Joseph Antonio ÁLVAREZ Y BAENA, *Hijos de Madrid ilustres en santidad, dignidades, armas, ciencias y artes. Diccionario histórico por orden alfabético de sus nombres*, Madrid, Oficina de Benito Cano, 1789-1791, pp. 368 y ss. Se ocuparon también de su biografía, con los datos tomados generalmente del Padre Losa, los cronistas de Madrid, Gerónimo de QUINTANA, *Historia de la antigüedad, nobleza y grandeza de la villa de Madrid, Madrid*, Imprenta del Reino, 1629 y Gil GONZÁLEZ DÁVILA, *Teatro de las grandezas de la villa de Madrid*, Madrid, Tomás Junti, 1623.

La parroquia de San Gil se agregó en 1606 a la de San Juan Bautista. No están las partidas de nacimiento de ese tiempo.

³ Francisco LOSA: *La vida que hizo el siervo de Dios Gregorio López en algunos lugares de esta Nueva España*, México, Juan Ruiz, 1613; *Vida del siervo de Dios Gregorio López, escrita por el Padre...*, Cura de Almas, que fue de la Iglesia Mayor de México, y su compañero en soledad, Madrid, Juan de Ariztia, 1727.

el informe efectuado sobre su vida con objeto de beatificarle. Allí se sostiene que sus padres eran «*más pobres que ricos*»⁴.

Tuvo dos hermanas y muchos hermanos.

Él fue el menor de todos.

La obra de Losa circuló manuscrita desde 1598. Debido al interés del Marqués de Salinas y del Obispo de Michoacan, Domingo de Ulloa, se editó en México en 1613. Sobre ella escribió Fray Alonso REMÓN, *La vida del siervo de Dios Gregorio López, natural de Madrid*, Madrid, viuda de Alonso Martin, 1617; el mismo texto se editó en Sevilla, en la imprenta de Gabriel Ramos Vejarano, 1618. Luego fue Luis MUÑOZ, *Vida que el siervo de Dios Gregorio López hizo en algunos lugares de la Nueva España... por el licenciado Francisco Lossa...* Madrid, Imprenta Real, 1642. Antonio RIBERO, *Vida que el siervo de Dios...* Madrid, Francisco Nieto, 1648. Este libro se volvió a editar en Madrid, Imprenta Real, 1658. Luego es Gabriel de LEÓN, *Vida que el siervo de Dios...* Madrid, Bernardo Hervada, 1674 y al poco tiempo aparece la de Fray Gregorio de ARGAIZ y Gabriel de LEÓN, *Vida y escritos del Venerable varón Gregorio López*, Madrid, Antonio Francisco de Zafra, 1678.

M. Arnaud D'ANDILLY, la tradujo al francés, *La vie du bienheureux Gregoire Lopez /ecrite par François Losa... sur l'exemplaire imprimé a Madrid en 1658*, Paris, chez Pierre le Petit, 1674. Lo cita José Toribio MEDINA, *La imprenta en México (1539-1821)*, Santiago de Chile, 1907-1912, tomo III, p. 212. Cita también las ediciones latinas efectuadas con motivo del proceso de beatificación, largo y poco fructífero: Bernardino MEMBRIVE, *Compendium operis de studioso Bibliorum ad opportunitatem causae Servi Dei, Gregorio Lopez...* Roma, A. De Rubeis, 1751 y *Collectio opusculorum de venerabili servo Dei Gregorio Lopesio*, Roma, A. De Rubeis, 1752; T. VII, p. 357; el de Johannes PRUNETUS, *Sacrum Ritum Congregatione Emo & Rmo. Dno. Gregorii Lopez primi anacoretæ in Indiis Occidentalis*, Roma, Camera Apostolica, 1764, Tomo VI, p. 319. Ese libro contiene una gran bibliografía de autores que escribieron sobre el Venerable. Y Juan DÍAZ DE ARCE, *Opus de studioso Sac. Bibliorum*, Roma, A. De Rubeis, 1750, Tomo IV, p. 420.

En Francia P. POIRET, *Le saint solitaire des Indes ou la vie de Gregorio Lopez*, Colonia, 1717. La rehizo en alemán O. TERSTEEGEN (Sölingen, 1733), la abrevió en inglés John WELSEY (1747) y F. DOYLE, (Londres, 1876).

Ediciones actuales serían las de Fernando OCARANZA, *Gregorio López, el hombre celestial*, México, ed. Xochitl, 1944 y F. FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, «La vida de Gregorio López» *Memorias de la Academia Nacional de Historia y Geografía de México*, febrero de 1945, p. 25-29. Estos autores los recoge Joaquín GARCÍA ICAZBALCETA, *Bibliografía Mexicana del siglo XVI, catálogo razonado de libros impresos en México de 1539 a 1600*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954. También se ocupó de él Fray Agustín de VETANCURT, *Teatro Mexicano. Descripción breve de los sucesos exemplares de la Nueva España en el mundo occidental de las Indias* Madrid, José Porrúa Turanzas, 1961, tomo IV, p. 186. En la actualidad, en España, José FRADEJAS LEBRERO, *El venerable Gregorio López*, Madrid, Artes Gráficas Municipales, 1999.

⁴ BNM, Mss. 7819.

EL NIÑO ABANDONADO

En 1553 o 1554 se fue a vivir al Reino de Navarra, «*a excusas de sus padres*». Allí estuvo, seis años o más, junto a un ermitaño. Se desempeñó con gran pobreza, obediencia y humildad.

Es decir, por circunstancias desconocidas, pero que no podrían estar alejadas del desamor o de la penuria de los tiempos, si no damos pábulo a las leyendas sobre su origen a las que después haremos mención, el muchacho se escapó de su casa, se fue a los bosques y pasó allí un prolongado espacio de tiempo.

LA CORTE

Dice el Padre Losa, su amigo y biógrafo principal, que seis años después, hacia 1560, «*buscóle su padre con diligencia*».

Sobre la búsqueda no cabe duda, si así lo atestiguan unos y otros. Sobre la diligencia debería hablarse. El buen hombre se tomó un respiro de seis años para darse cuenta de la ausencia del hijo y, contra su voluntad, le hizo pasar a Valladolid para servir de paje.

Sin ser excesivamente perspicaz, puede afirmarse que al muchacho no le querían demasiado en su casa. Le dejaron abandonado con un ermitaño y cuando le buscaron, fue para llevarle al epicentro del bullicio de las Españas, la Corte, en donde cualquier aprendiz de solitario viajero del espíritu no podría sino encontrarse fuera de lugar.

Afirma Gregorio que pasó allí dos o tres años y cuando llevaba los recados de su amo, su cuidado era ir hablando con Dios. De esa manera alcanzaba la paz y no se la quitaba el paso de «*Duques, Condes y otras quimeras*».

Si dejamos de lado las consideraciones meramente religiosas, el joven paje era tímido, como corresponde a alguien criado entre soledades y abandonos, estaba angustiado y ambos problemas los solucionaba mediante la plegaria y la búsqueda de una relación fortificante con Dios.